

Conferencia de los Campos Elíseos



Cuando recorremos las calles, los boulevards de moda o las callejuelas populares de nuestras grandes urbes, ¿cuántas personas encontramos que tengan aspecto de ser realmente felices? Si observamos el desfile de todas esas caras desencajadas, tirantes, descontentas, veremos que todas están marcadas por el dolor. La angustia del alma aparece en la mirada de sus ojos gastados por el sufrimiento. Jamás una cara tranquila en la alegría de una iluminación verdadera, nunca una sola cara alumbrada por el contento espiritual. Como grandes sombras de la tarde, es la tristeza la sombra de todo individuo.

Esa masa de seres, empujada por el descontento y el dolor, tiene por guías hombres tan desgraciados como ellos, incapaces de conducirla hacia la fuente del verdadero contento.

El velo de tristeza pesa aún más sobre el mundo Occidental que en Oriente. Recuerdo haber hablado sobre este asunto con un negro que era casi un salvaje, acababa de llegar de Occidente, y lo que más le llamaba la atención era la expresión dura, huraña, y triste de las personas con las cuales se encontraba. «¿Es que no hay felicidad entre estas gentes? preguntó él. ¿No hay más que tristeza? ¿Les falta esa chispa divina que hace feliz a cada hombre?»

Efectivamente, hay en el mundo gentes cuya suerte es realmente horrorosa, que pasan toda su vida en unas condiciones infectas y sórdidas degradantes para el alma, tanto como para el cuerpo y que envenenan toda su vida de amargura, creándonos asi una terrible deuda que tendremos que pagar. Pues, no debemos pensar, ni por un momento, que no seamos *todos* responsa-

bles de esas condiciones que existen a nuestra puerta. Esas gentes desgraciadas que forman parte de nuestra titulada poderosa civilización (!) emplean su tiempo, desde el nacimiento hasta la muerte, en ganar un escaso salario. La educación y el descanso. esas dos grandes necesidades de la existencia, les son negados. Tienen su espíritu sumergido de tal manera en las penas y las preocupaciones materiales que sus sueños y sus deseos solo se dirijen a los falsos placeres de la vida, y estos, una vez obtenidos, pierden el poder de fascinarlos.

Toda su ambición se concentra en obtener la posición y la fortuna de aquellos que poseen educación. tiempo libre y la fuente aparente de la felicidad. Sin embargo, estos últimos no son dueños de la verdadera fuente de la felicidad. Pues, ¿qué es la felicidad? En nuestra época, los que disponen de tiempo libre la búscan tratando de evadir las cosas serias de la vida, llenando cada hora con placeres excitantes y pasajeros de todas clases, y logran bastante bien satisfacer sus necesidades emotivas y calmar su conciencia poco desarrollada. Esto que es para ellos el objetivo de la vida, es lo que suelen llamar felicidad. Un amigo mío me dijo un día con cierta amargura, qûe realmente parecía no haber más que tres caminos qûe condujeran al cielo, tener una destreza perfecta en el golf, poseer riquezas o brillar en el baile! Tales son aproximadamente, en efecto, las medidas de civilización por las cuales se rigen las gentes de nuestros días! Así, con un tal estado de cosas, se pierde la belleza de la verdadera felicidad espiritual, consistente en la posesión de un alma satisfecha, capaz de reconocer la verdad y de ver la divinidad en todo.

En medio de ese torbellino de descontento y egoísmo, en medio de ese caso aparente, como la luna nueva en el seno de una noche de verano, ha aparecido la Orden de la Estrella de Oriente. naciendo en este mundo:

«Donde los hombres viven y se escuchan gemir».

Es en Beranés, la ciudad santa de los Indos, que fué creada por algunos entusiastas. Tenía dos objetos: 1.° Preparar el mundo a la idea de la próxima llegada de un nuevo Instructor de los hombres; 2.° Preparar sus miembros para reconocerle cuando El venga, recibirle y seguirle.

La idea de la venida de un gran Instructor no fué una vaga probabilidad para aquellos que la concibieron, sino una realidad cada vez más próxima.

Me parece que hemos logrado bastante éxito en cuanto al primer objeto; nuestro ideal y nuestra creencia son conocidos en casi todos los países civilizados. ¿Cuál es la causa de esa rápida

extensión? Está precisamente en el número de individuos que la vida hace descontentos y tortura. Echemos la vista sobre las actuales condiciones sociales. De un lado encontramos los extremos de lujo y de riqueza llamados felicidad por el mundo; del otro, una miseria deplorable, la necesidad, el hambre. El deseo único de los que poseen es guardar lo que tienen y amontonar más aún, y aquellos que envidian esas posesiones son impulsados por el deseo profundo de felicidad aparente que parecen dar. Ni unos ni otros se dan cuenta de que esas riqueza del mundo son transitorias y que no conducen al objeto final de la verdadera felicidad.

En este mundo de hoy día no existen grandes ideales que den inspiración a la vida, actuando como grandes fuerzas directoras, tanto en el individuo como en la nación ayudándoles a alcanzar un más alto nivel de evolución. Sin embargo, los idealistas, los que transforman al mundo, son los que crean y son también ellos los que más sufren, pues las gentes no comprenden lo que tienen que decir. Les debemos lo que hay de más grande en el pensamiento moderno y lo que hay de duradero en nuestra civilización. Grandes maestros, grandes pintores, grandes escritores han transformado el mundo, viviendo su ideal; todos somos idealistas en el fondo del corazón y el altruísmo nos impulsaría siempre a ejecutar actos más grandes y más nobles, pero nosotros no vivimos nuestro ideal por que ello nos causa vergüenza.

Los grandes Instructores, desde que el mundo era joven, han enseñado siempre las mismas grandes ideas y las mismas sencillas verdades, pero el mundo siempre se ha apartado de ellas hasta llegar hoy dia a esta civilización compleja, esta forma de vida orgullosa y poderosa, que parecía más bien deber derrumbarse y ser enteramente destruída, si se pusiera realmente en práctica una sola de estas sencillas enseñanzas. Pongámos como ejemplo uno de los últimos mandamientos dados por el Cristo: «Amaos los unos a los otros». Si se siguiera hasta en sus consecuencias simples y lógicas, no toleraríamos ni un solo instante guerra de ninguna especie, sean las de las armas, o aquellas disfrazadas bajo el nombre de «penetración pacífica». Tampoco alentaríamos ese patriotismo que engendra el odio y la envidia hacia otra nación.

Tomemos igualmente el mandamiento lleno de compasión del Señor Buddha: «No matéis, por piedad y por temor de abatir la más humilde cosa en el transcurso de su marcha ascendente». Imagináos que nosotros obedezcamos literalmente este mandamiento en nuestra vida diaria, haríamos que se derrumbara sobre nuestras cabezas todo el edificio de nuestra civilización frágilmen-

ta equilibrada. Yo quisiera que os dierais cuenta de que si actuáramos de acuerdo con el más modesto de nuestros principios, se nos haría casi imposible vivir en este mundo sin principios. Nos encontramos, después de 2.000 años de civilización cristiana, en esa posición degradante en que parece más cómodo y oportuno dejar a un lado las enseñanzas del Cristo. Es en este mundo de compromisos, donde las grandes acciones no suscitan más que el odio y el desprecio de los egoístas, donde las buenas acciones y el bien pensar parece solo traer reveses y sufrimientos, aún a los inocentes, que ha nacido la Orden de la Estrella, trayendo un rayo de esperanza. Su mensaje tocó la imaginación de aquellos para quienes la vida parecía imposible vivirla. Ellos esperaron, que el Maestro divino daría al mundo un nuevo ideal, una nueva vida, una nueva comprensión de la humanidad y nuevos ojos para buscar la verdad y la felicidad eterna; y yo creo que, en efecto, así lo haría El. Ellos miraron hacia El como a un jefe, a cuya voz de mando ellos sacrificarían sus posesiones mejores y más preciosas, si con ello habían de encontrar esa fuente de la felicidad buscada a través de los siglos. Pues es la felicidad, tanto la felicidad transitoria como aquella que dá el contentamiento del alma, el objetivo de toda la humanidad, y es en busca de esta felicidad que millares de personas, por el mundo entero, han entrado en la Orden de la Estrella de Oriente. La curiosidad es verdad, ha desempeñado un importante papel en la formación de la Orden. Aún hoy mismo, se me dice que una veintena de personas se han inscripto como miembros justamente para oir lo que yo tenia que decir. Esto me parece ser la indicación de una extraordinaria falta de comprensión de lo que es la Orden. No es un lugar donde la curiosidad pueda quedar satisfecha ni donde la inteligencia pueda dominarse. La Orden debiera ser, por el contrario, un terreno de entrenamiento para todos aquellos que creen en la próxima venida de un gran Instructor como un hecho definitivo, incomprensible, incambiable, y que poseen una fé fuerte como roca erguida en la tempestad.

Cuando nuestra concepción era nueva y llena de esperanzas, una cantidad de personas se pusieron a trabajar con entusiasmo por la Estrella, con toda su energía. Nuestro único deseo entonces era ver que la Estrella lograra crear un estado de cosas nuevo y más espiritual y hacer llegar un poco más de luz a la vida de la gente. Teníamos fé en la venida, nuestro entusiasmo se parecía a la primavera, cuando una vida pura palpita en todo el mundo a través de todas las criaturas, cuando todo está lleno de alegría y que la felicidad irradia en todo su glorioso esplendor. Como todo

lo que es nuevo y lleno de fuerza, la Orden trabajaba con ardor y con una fe grande; desde ese comienzo espléndido —pues fué un espléndido comienzo— ha habido una disminución a nuestro entusiasmo y una falta de aquella energía que nos había inspirado al principio. Sin embargo, al presente hay creada una enorme máquina que se extiende por toda la tierra, ella espera nuestra voluntad y nos apercibiremos de sus capacidades verdaderamente admirables cuando la hayamos revivido de nuevo con nuestra vida y con nuestro ardor. Diríase un esclavo gigante, que estuviera acostado, extendiendo sus miembros por todas las partes del globo, presto a despertar a nuestro toque y a nuestra orden. Necesitamos de ese fuego sagrado que hace de todas las cosas que sean eternamente nuevas, pues hemos perdido poco a poco aquella energía creadora que hizo nacer la Orden. ¿Cuál es la razón de ese triste cambio? Recordemos —pues a menudo se olvida— que un ideal en sí es inútil si no se pone en práctica. Y en esto es en lo que faltamos casi todos, tenemos una idea vaga de que las teorías bellas se bastan en sí mismas, pero por muy nobles que sean ellas no bastan por sí solas. Es poniéndolas en práctica concienzudamente, día tras día, como podremos llegar a ejecutar algo en este mundo. El entusiasmo debiera ser siempre activo y no pasivo. Cuando el entusiasmo no encuentra su alegría en la acción, se hunde en las brumas de una emotividad pasiva y muere poco a poco.

Esto nos conduce al segundo objeto de la Estrella: la preparación individual. Como he dicho hace poco, hemos obtenido, a mi juicio, bastante éxito en cuanto al primer objeto. Hemos esparcido nuestras creencias a través del mundo y ahora tenemos a nuestra disposición una organización mundial, pero la propaganda no debe ya seguir absorviendo ella sola todas nuestras energías. Debemos ahora volvernos hacia la tarea, aún más difícil, de prepararnos a nosotros mismos para reconocer al Maestro y a seguirle cuando Él venga. Hemos querido preparar el mundo exterior pero rara vez consentimos en organizar el mundo interior que se encuentra dentro de nosotros. Tantas cosas nos asustan, tenemos miedo de poner en práctica nuestras creencias, miedo de mirar de frente algunas realidades de la vida. «¿Porqué, nos preguntamos, debemos prepararnos? ¿Acaso no somos miembros de la Estrella? ¿No hemos entrado en la Orden para afirmar nuestra creencia?» A esto yo respondería: Cuando oímos por vez primera música de alta ejecución ¿acaso nos afecta a todos profundamente? ¿Existe en nosotros la aptitud de responder instantáneamente a su nobleza? ¿Podemos apreciar espontáneamente las infinitas be-

llezas que componen una obra maestra? A no ser un genio, ello necesita seguramente una preparación especial y una educación gradual del oído.

Igualmente, para poder responder inmediatamente a la noble llamada de un maestro de composición, se necesita una ardua preparación y una particular comprensión. ¿Pues nuestros prejuicios, nuestras dificultades mezquinas, desaparecerían en el momento para hacer lugar a nuestro ser verdadero? No, hemos enterrado deliberadamente al Dios en nosotros por medio de años de vida inconsciente y ahora solo por años de espiritualidad laboriosa y voluntaria es como la divinidad interna podrá responder al Dios Encarnado.

¿Somos todos capaces de ejecutar esta acción divina? Ciertamente, ella es muy superior a nosotros. La preparación inmediata de nosotros mismos consiste en alcanzar una determinada actitud hacia la vida. Hagamos de manera que esa actitud se aproxime, aunque sea en su pequeño grado, a la del Cristo, del Señor Maitreya, de Shri Krishna, como El es llamado en Oriente. Esta actitud interna se manifestará de diversa manera según el temperamento de cada uno, pero su esencia permanecerá idéntica en todos, inalterable y pura. Una vez que esta actitud sea la nuestra, veremos como, cualquiera que sea nuestra posición en la vida, nos volveremos modelos para nuestros Hermanos. Aquí debo explicar lo que yo entiendo por «modelo». Recordáreis que cuando el Cristo reunió a sus discípulos El les encomendó que fueran la luz del mundo y que actuaran con pureza de corazón y pureza de espíritu.

Esta es mi idea de un modelo. A mi juicio los miembros de la Orden debieran ser capaces de volverse instrumentos de auxilio *impersonal* en todos los ramos de la vida. Quisiera que os fijeis que hago hincapié sobre esta palabra *impersonal*; porque la mayoría de las personas son muy personales. Tratan de no serlo en aquellos asuntos que no les afectan, pero en aquellos que les conciernen lo son extraordinariamente, hasta el extremo, y su punto de vista personal les impide ver le realidad. Un miembro de la Orden debiera ser para todos los seres una fuente no de felicidad terrestre sino de la verdadera felicidad espiritual.

Y ahora, ¿cuales son las cualidades requeridas para obtener esta actitud, que, una vez alcanzada, nos había de colocar sobre una verdadera cima de iluminación? No aquella iluminación que proviene del conocimiento egoísta que busca la perfección del alma para librarse de la rueda de renacimientos y muertes—esto a mi juicio no es más, que perfeccionamiento personal y nada más

sino aquella iluminación que alumbra al alma de aquel «cuyo cozón es grande y que, deseando el bien de todo le que vive, trabaja en ello sin cesar». Es sumamente difícil hablar de un modo preciso de la evolución hacia aquella actitud de la cual he tratado. Ella está en nuestro propio perfeccionamiento, en el esfuerzo de regular nuestros pensamientos y nuestros sentimientos sobre una base espiritual e impersonal. Si deseamos llegar a alcanzar esta actitud, es necesario que tratemos de hacernos sobrehumanos, de tener el punto de vista de Dios respecto a las trivialidades de la vida. De aquel Dios a cuyas llamadas, bien sean grandes o pequeñas, debemos ser capaces de responder, poniendo de lado, con determinación, todos nuestros gustos personales, aquel Dios tan grande y tan divino que sólo aquéllo que de mejor tenemos puede aceptarle: «A la luz de Su Santa Presencia todo deseo se desvanece, menos el deseo de ser semejante a El». Es necesario, para alcanzar esa actitud, que desarrollemos en nosotros una vista amplia e impersonal de las cosas y que nos demos cuenta de que hemos olvidado muchas verdades y estamos rodeados de irrealidades. Debemos hechar a bajo la gran barrera que separa al hombre de Dios, su Yo divino. Debemos discernir lo verdadero de lo falso, en otros términos, lo que es esencial de lo que no es esencial. La Vida de un miembro de la Orden debiera estar, a mi juicio, completamente dominada por esta idea de discernir lo verdadero de lo falso. Yo sé que lo logramos en algunos casos fáciles, pero me parece que nunca empleamos el discernimiento en nuestra vida diaria. Sin embargo, en ella es donde yo desearía que los miembros de la Orden ejercitaran esta particular cualidad. Allí es, en las cosas corrientes de la vida, donde ellos habrán de encontrar que el discernimiento entre lo esencial y lo no esencial es más difícil.

Recuerdo cuando yo era niño que el Sr. Leadbeater siempre me decia: «Nada tiene gran importancia y la mayoría de las cosas no tienen absolutamente ninguna». Cuya frase ha quedado grabada en mi memoria y que ninguno de nosotros debiera olvidar. Vivimos de las cosas irreales, nuestra vida entera, desde el nacimiento hasta la muerte, es una continua irrealidad y un continuo sufrimiento. Diréis que la culpa no es nuestra, sino de las circunstancias. Yo creo que, al contrario, si sufrimos es por nuestra culpa. Algunos entre nosotros logran darse cuenta de las cosas que no son esenciales en la vida, pero hay otros que se encuentran tan sumergidos en la ilusión que no pueden ver el puro horizonte de lo real. Veréis que es siempre la voluntad la que falta, la voluntad de llevar a cabo ciertas determinaciones hasta el

fin. Un día decidimos efectuar determinadas cosas, y al día siguiente pasó como un sueño, y continuamos en las mismas antigüas condiciones de miseria, sumergidos en una atmósfera de irrealidad e ilusión llamada *Maya* en la India. La mayoría de nosotros pasamos nuestros días en trivialidades extraordinarias. Nos levantamos con la resolución de vivir a la altura de lo que hay de mejor en nosotros, pero pronto nuestro yo inferior se impone.

Recuerdo una vez en la India en que un hombre meditaba en la azotea de su casa mientras cinco o seis de sus hijos jugaban y se debatían quizás ruidosamente, abajo en el jardin. El padre, molestado en su meditación, bajó, hechó mano de un látigo y se puso a pegar a los niños—¡él, que estaba meditando sobre el Ser supremo! Fuí testigo de esta escena y me chocó que un hombre pudiese en plena meditación, descender tan rápidamente a una trivialidad como la cólera. Aún ahora, no comprendo como la gente puede dejarse llevar a caídas tan bruscas, ¡y todos estamos sujetos a ello! Todo nos irrita, no por exceso de sensibilidad sino por falta de desarrollo.

Veamos otra debilidad de nuestra vida diaria. Pasamos nuestros días en una especie de vago sentimentalismo devocional, entregándonos al sentimiento en lugar de hacerlo a la acción. ¡Yo mismo lo he hecho, luego lo sé! Eso es trivial, no es esencial y no es sentimentalismo, aunque todas las personas devocionales se inclinen a ser sentimentales. En mi espíritu, la devoción es cosa muy distinta. Es un acto que tiene el valor de la purificación. Si sois devotos en el verdadero sentido de la expresión, no podréis nunca ser sentimentales. No podréis jamás perder vuestro tiempo sentados ante una imagen, en una especie de vaga beatitud! Eso no es devoción, es simple sentimentalismo, la peor forma, a mi juicio, de la devoción. La verdadera devoción que es siempre purificadora, debiera inclinar nuestro corazón y nuestro espíritu a responder a la belleza de todas las grandes acciones e incitarnos a imitarlas. Ella nos hace elevarnos a un plano desde el cual podemos percibir claramente lo que es bueno y lo que es malo, sin ser sacudidos por nuestros prejuicios personales, discernir lo que es esencial de aquello que no lo es, y donde nuestro espíritu, purificado de toda debilidad, llega a una firme determinación.

La devoción se asemeja a un canto que se eleva en una atmósfera luminosa, donde todo es puro, donde reina la divinidad, donde la razón cede el puesto a la intuición. Ella debiera producir en nosotros la energía creadora que nos da todo el poder para volvernos grandes. La devoción hemos dicho, es actividad purifica-

dora y da la facultad de discernir las cosas esenciales de la vida. La mayoría de nosotros está atontada por aquello que los Budistas Mahayada llaman: «El perfume de la ignorancia», imagen justa, pues la ignorancia se difunde y se propaga como un perfume. Somos cual niños que juegan con sus juguetes, tomándolos por cosas reales, y no son más que los sufrimientes y las adversidades que nos nacen de la infancia y nos dan una idea de la espiritualidad una, en todas las vidas.

Carlyle ha empleado una frase curiosa: «Para el ciego, dice, todo objeto es repentino». Para el hombre que es ignorante, para aquel que no quiere ver la verdad, la vida reserva extraños obstáculos a cada vuelta. Se marcha como un hombre perdido en un país desierto lleno de emboscadas y de desastres ocultos, errante por los pantanos de la ilusión e ignorante de los escalones de la verdad que habrían de conducirle hacia la luz y la seguridad. Eso es lo que Carlyle quiso decir con esta frase: «Para el ciego todo objeto es repentino». Pero recordaos que todas las cosas son reveladas a aquel que ha visto la luz.

¿Cuál es entonces nuestro objetivo? A mi juicio, el fin a la vista para nosotros todos es volvernos seres perfectos que se den cuenta de que su alma es divina y reconozcan lo divino en los demás. El hombre ordinario es aquel que hace resaltar el sentimiento de la preparatividad. Cuando se observa la cúspide de una montaña desde diversos puntos de vista y a ángulos no acostumbrados, parece que cambia, pero sin embargo permanece siempre idéntica a ella misma. El que quiere ser perfecto debe esforzarse por vivir continuamente en la «cima» de su alma, es decir, por sobre del humor cambiadizo de la personalidad. Debe sostenerse siempre sobre la cúspide sublime desde donde puede mirar sin perturbarse, a sí mismo, y a los demás. Él debe sumergir su individualidad en una compasión universal.

Tratad de daros cuenta de la inmensidad de la vida, poned en práctica la presencia de Dios en vuestra vida diaria, no tratéis de encontrar la felicidad en las cosas pequeñas, pues nunca la encontraréis allí. Pero buscad la sabiduría, buscad la felicidad, en lo infinito, entonces lograréis la verdadera espiritualidad que no reconoce límites.

Salid de esta conferencia con la resolución de vivir una vida distinta, de buscar una diferente felicidad y de alcanzar la verdad que habrá de alumbrar verdaderamente vuestra alma.

Lograd esa compasión, necesaria para toda obra verdadera, esa compasión que es sabiduría, belleza infinita y que desea arrancar el dolor a todo ser humano. — J. KRISHNAMURTI.

(Conferencia dada en París el 27 de Julio de 1921).

Los maestros y sus métodos de instrucción



EL extraño desarrollo alcanzado por la Sociedad Teosófica en todo el mundo, ha dado lugar, necesariamente, a un ansioso deseo por parte de los fervientes teósofos, de más detallada información respecto a aquellos «Hermanos Mayores» de la Humanidad, a quienes comunmente designamos con el nombre de «Maestros». Al principio, en la imaginación de la mayor parte de nosotros, fueron Ellos entidades sumamente misteriosas. El Maestro «K. H.», de quien estuve autorizado a hablar en los primeros libros que dieron al mundo un bosquejo de «La Logia Blanca», (para usar una expresión convenientemente comprensible), fué por largo tiempo el único de su gloriosa Fraternidad, cuya personalidad fué distinguida, en algún sentido, en nuestros pensamientos.

Luego hubimos de conocer al Maestro «M», cuyo nombre permanecía parcialmente encubierto por la inicial. Pero muchos de nosotros hemos tenido contacto durante los treinta y tantos años que han transcurrido desde que la Sociedad Teosófica se arraigó como organización permanente, con mûchos otros Maestros de la Logia Blanca, y aunque es deseable guardar aun alguna reserva sobre el asunto, es, sin embargo, igualmente deseable, por otro lado, que los fervientes miembros de la S. T. fueran capaces de formarse una más clara concepción mental de la condición de Maestro—y aún de los superiores grados de la iniciación—que lo que está contenido en la corriente literatura teosófica. Estoy seguro, además, de que los mismos Maestros desean ser mejor comprendidos, en la Sociedad que ellos crearon, lo que fué posible en un principio. Mi propósito presente, por lo tanto, es tratar el asunto más libremente de lo que ha sido hasta ahora y mostrar cuán intimamente se hallan mezcladas las actividades de la Logia Blanca con los negocios del mundo, de cómo los Maestros son mucho más numerosos de lo que se supuso al principio, y cómo ellos se especializan al tratar con las múltiples secciones de la vida humana, en tanto que trabajan conjuntamente en absoluta armonía de propósito, de cómo sus divinos aspectos—según los consideramos desde nuestro punto de vista—están mezclados con un aspecto intensamente humano a medida que nos tratan individualmente, y de cómo Ellos, a su vez, están guiados en su acción por una Voluntad aún más elevada.

No podemos valorizar Su poder y conocimiento si lo comparamos con el nuestro, ni podemos aprecir Su limitación aunque nos

esforcemos en colocar en la imaginación los más altos planos de conciencia en los que predomina la suprema ley divina. Tampoco podemos hacer justicia fácilmente a Su benévola simpatía para con los discípulos humanos que luchan hacia lo alto por más elevada vida espiritual. En ese sentido, Su aspecto humano es admirablemente puesto de manifiesto.

El nivel del Maestro, en la iniciación, es un estado perfectamente definido en el sendero del progreso espiritual, pero en ningún sentido es un lugar de descanso. El próximo gran estado (en el que intervienen iniciaciones superiores a la comprensión común), es la de los llamados «Padres», (o por un término equivalente en otra lengua). Y estoy seguro, aunque la idea está totalmente más allá del entendimiento humano, que el intervalo, como representación del poder, conocimiento y experiencia cósmica, entre la condición de Maestro y la de Padre, es, sino menos, como la que existe entre un hombre de ordinaria cultura de nuestra raza y un Maestro. En los últimos años han habido numerosos ascensos del nivel del Maestro al de Padre, pero un ascenso semejante de ningún modo separa al nuevo Padre, de los discípulos, actividades y efectos personales contraídos cuando estaba en la condición de Maestro. Desde nuestro punto de vista, Él es todavía el Maestro; así, al pensar en Ellos, debemos saber que necesitamos ser curiosos respecto a su absoluto grado de elevación en la Poderosa Jerarquía.

Un hecho común, no conocido por lo general, por todos los miembros de la Sociedad, es este; que existe un Maestro definidamente identificado, o al cuidado de cada gran país o nacionalidad del mundo. Así, he tenido algún contacto con un maestro inglés, con un escocés y un irlandés; también con un Maestro americano, como así mismo con más de uno que se especializa en la custodia de los Estados Unidas. Conozco igualmente a un Maestro italiano y a uno francés, y en todos dichos casos, el Maestro en cuestión, aunque pudo haber alcanzado aquel grado en épocas indecibles y haya usado numerosos cuerpos físicos en el pasado, toma encarnación en uno perteneciente a la nación o raza sobre la cual se compromete a presidir. El reside, por lo general, en la capital de dicho estado, y de esta costumbre proviene una absurda noción, que prevaleció entre los teósofos en una época en que la condición de Maestro fué muy mal comprendida, y es, de que ningún «adepto» podía soportar el depravado magnetismo de las grandes ciudades. En muchos casos —y nos cupo oir hablar de ellos al princicio—ciertos Maestros han hallado conveniente, en lo que a Sus cuerpos se refiere, residir en las remotas comarcas

del Himalaya. Sus trabajos han reposado enteramente en los planos superiores y todos tocantes al mundo, bajo condiciones que implican el uso habitual de los más sútiles vehículos de consciencia, pero Ellos pueden, y muchas veces lo hacen, materializarse en medio de la apiñada humanidad. Sería muy pequeño el «Adepto» que no pudiera resguardarse de las bajas influencias magnéticas. Evidentemente, por leyes que rigen el mundo oculto, los Maestros nacionales no pueden dejar traslucir a las personas vulgares que les rodean, quiénes son en realidad. Es completamente desesperante, para quienquiera que no sea de Su propia orden, poder identificarlos.

A fin de guardar a mis lectores de una posible confusión de pensamientos, me permito recordarles que existe indudablemente un sér del orden de los Devas, identificado también con cada gran nacionalidad, pero él está enteramente en una distinta línea de evolución.

Un Maestro, cuya labor está principalmente en América, ha actuado muy especialmente ayudando a guardar los vapores que conducían tropas de los Estados Unidos a Francia, contra los ataques de los torpedos durante el trayecto. Las fuerzas negras y blancas, en los planos superiores, están durante todo el tiempo, tratando de encaminar las fuerzas físicas a sus propios fines, y la forma en que, durante toda esta guerra, los poderes de toda la Logia Blanca han estado en tensión, resistiendo el ataque satánico, es aún mal comprendida por la humanidad, que debe a esa constante protección el haber escapado al desastre final. El Maestro a quien me he referido recientemente, ha sido identificado con el continente americano desde que fué parte del aún más grande continente Atlántida. El está ligado en una forma muy curiosa con el período atlántico. Y esto me lleva a hablar de una condición relacionada con el estado de Maestro, que en un principio parecía muy embrollada. Los cuerpos físicos de los maestros alcanzan frecuentemente edades extraordinarias, para ser contadas por siglos más bien que por años. Esto, en realidad, no implica un incomprensible milagro.

Durante nuestra juventud todos estamos bajo la influencia de una fuerza que la ciencia no ha catalogado aún, la cual sirve para el crecimiento y el perfeccionamiento. Cuando hemos crecido, continúa actuando por algún tiempo, manteniendo el cuerpo en buenas condiciones de trabajo. Luego, en el curso natural de la vida del presente estado de evolución, cesa de afectarnos aquella fuerza, posesiónase de nosotros la vejez, etc. etc. Los Maestros *conocen* esa fuerza, entre sus propias adquisiciones intelectua-

les y la pueden retener o alejar a voluntad. Mientras es atraída, Sus cuerpos no denotan ningún signo de vejez. Muchas veces, por razones, relacionadas con sus trabajos, deben desechar un cuerpo y tomar otro, pero no están obligados a hacerlo bajo ninguna obligación natural.

Es conveniente que el común de la humanidud no conozca la manera de perpetuar la vida física. En nuestro estado de desarrollo, nuestros cuerpos no valen la pena de ser perpetuados, mientras que si hacemos el mejor uso de ellos en el tiempo usual, la ley kármica nos lo dará mejores en nuestras próximas vidas físicas.

Los Maestros no ligados definitivamente con determinadas naciones, deben preparar el mundo en general mediando en sus necesidades a medida que vayan cayendo dentro del campo de Sus especialidades. Así, un Maestro de quien se ha estado hablando tan libremente que sería afectación evitar usar su nombre—el conde de Saint Germain—ha estado ocupado en Rusia, desde que estalló la revolución, tratando de mitigar su horrendo desenvolvimiento y pienso que El sería el primero en admitir, que con escaso éxito hasta ahora. Es un error suponer que El ha obtenido el grado de Maestro recién en esta vida. Creo que estuvo en aquel nivel en pasadas épocas, pero El ha estado tomando encarnaciones parciales durante los últimos siglos pasados. Estas se pueden hacer remontar, por medio de la última—Francisco Bacón—a varias personalidades que se distinguieron durante la edad media. El misterio está un poco más allá de la común comprensión, pero esa serie de vidas, aunque por cierto una serie contínua, nunca absorbió, en el fondo, más de una parte del gran Maestro Espiritual. Estoy seguro de que hubo un tercio de El en Francisco Bacón, una magnífica encarnación toda ella. Muchos Maestros trabajan en este sentido. Indudablemente, en un nivel algo más bajo que el de Maestro, esta práctica es hacedera. Y un Maestro, si El lo considera conveniente, puede ocupar, por así decir, más de un cuerpo al mismo tiempo. Esto hace que la identificación de un determinado Maestro en el plano físico sea asunto de extrema dificultad.

Debemos comprender esta posibilidad de una manera más acabada. Los Maestros tomaron encarnación algunas veces, por razones especíales, en muy humilde nivel humano. Conozco un caso impresionante en sumo grado. Para cumplir algún propósito de la Logia Blanca, cierto Maestro, (no identificado con ninguno de los hasta ahora referidos en la literatura teosófica), tomó nacimiento como esclavo en Roma, durante el período domiciano.

Posteriormente, llegó a suceder que tuvo que ser llevado a la arena del Coliseo en compañía de una turba de cristianos para ser devorado por las fieras. Siendo lo que El era, podía, sin duda, haber escapado de Su cuerpo tan fácilmente como cualquiera de nosotros se saca una chaqueta, y no hubiera sido una inconveniencia dejarle una presa a los leones. Pero él vió que permaneciendo en ella, y usando Su poder como Maestro para pacificar las agonizantes aprehensiones de la turba que le rodeaba, podía *salvarles* de los crueles sufrimientos de la Ordalia. Por esta razón El se dejó estar, y (aquí tocamos otro misterio) trayendo hacia sí las vibraciones de terror de los demás, sintió de hecho el intenso dolor de estas vibraciones. El aceptó ser muerto conscientemente por un león.

No es ésta la única historia de la especie que podría citar, pero ella es suficiente para mostrar el extremo inegoísmo («desinterés» es una palabra inadecuada), el cual es uno de los sublimes atributos de la condición de Maestro. Por lo que a mí se refiere, siempre he considerado el incidente de la arena como la más prodigioso lección de ética oculta que jamás haya recibido.

El Maestro K. H., a quién especialmente pertenezco, está prominentemente relacionado con el progreso espiritual de la humanidad. Por eso es que hallamos en El la elevada influencia particularmente relacionada con la Sociedad Teosófica.

En tiempos de la Atlántida, El se halló ejerciendo por lo general exaltadas funciones sacerdotales mientras Su grande «hermano» M. (especializado en el Poder) estuvo encarnado en tales épocas como un gran Rey o Emperador. Otro Maestro—«H», nos servirá para identificarle—está, entre otras especialidades, a cargo del movimiento conocido por espiritualismo. (*) El ha estado a su cargo desde un principio, y aún antes; porque ello fué deliberadamente delineado por la gran Logia Blanca colectivamente, para reprimir el creciente materialismo del siglo veinte. Ello fué, tan definidamente como la Teosofía, un movimiento de la Logia Blanca, de la cual fué proyectado que la Teosofía fuera su secuela natural. En vista de este estado de cosas, es sencillamente ridículo el mutuo antagonismo en este plano, entre el Espiritualismo y la Teosofía. Los espiritualistas, rehusando creer en los Maestros y Sus enseñanzas están combatiendo contra su propio esclarecido Jefe. Los teósofos, mofándose del Espiritualismo, están insultando la sabia política de la Logia Blanca que declaran reverenciar!

(*) Indudablemente el Maestro Hilarión citado en la Revista «Sophia.»—*N. de la R.*

Por otra parte, es insensato pasar por alto la espléndida obra que los espiritualistas han hecho al mundo al convencer a millares de incrédulos que existe otro plano de existencia, otra vida despúés de esta, y es realmente insensato por parte de los espiritúalistas desdeñar el don de mayores conocimientos corcernientes a aquel plano y vida, qúe les ofrece la Teosofía.

El Espiritúalismo habría sido el natúral camino conducente a la Teosofía si la relación de ambos no húbiera sido desgraciadadamente mal dirigida en este plano desde un principio.

Ciertos miembros de la Gran Logia Blanca de múy elevado nivel, están relacionados con el progreso del múndo en lo tocante a la ciencia, la literatúra y el arte. El «Maestro» científico (una designación mejor sería más acertada) es el canal por donde todo nuevo descubrimiento e invención (de una especie definida) flúye natúralmente. El inspira los descubrimientos en las épocas apropiadas. En el conjunto del programa divino, grandes bloqúes de conocimiento natúral están designados para ser diseminados en el plano físico en períodos definidos. Jamás es consentida la exteriorización de descúbrimiento fuera de estas divinas limitaciones. Es menester conquistarlos, porque el Maestro A (llamémosle así) no útiliza a los hombres de ciencia como autómatas o como teléfonos. El vigila la intención de sus investigadores, pudiendo indudablemente inspirarlas, e inculcar luego en algúna mente receptiva una núeva idea a lo largo de esa línea de investigación. Eso no quita en lo más mínimo el mérito del descubridor. Este nunca habría podido recoger la inspiración a menos qúe hubiera desarrollado la capacidad de su Ego hasta el necesario grado de perfección.

Poco conozco acerca de la manera en que trabajan los maestros artistas, y no he de intentar describirlo.

Lo que he escrito no es sino un inperfecto bosquejo de las concepciones que he sido capaz de formarme de los Maestros y de sus trabajos, en los treinta y pico de años qúe estuve en contacto con Ellos, nunca más estrechamente que ahora. Pero en lo mejor de este plano de conciencia sólo podemos tener un pálido reflejo de algunos rasgo de la vida de la Logia Blanca. En sús aspectos más superiores, el simple cerebro físico no puede bastar con sus limitaciones. Pero en todo caso, es evidente que no puedo ahora pasar a discutir los «métodos de instrucción» adoptados por los Maestros.

Esa parte de mi tema debe aguardar otra oportunidad.

A. P. SINNETT.

(De «The Messenger»)., (Trad. de R. Arturo Ruy).

Una corrida de toros en España

POR EL TENIENTE CORONEL H. A. NEWELL
(Del ejército británico)

ASTA que visité España tenía una noción muy vaga de lo que es una corrida de toros, y no tenía formado ningún juicio de sus características actuales. En común con la mayor parte de los extranjeros, creía yo una corrida de toros como un deporte nacional español, peligroso quizá, pero limpio y noble. Además estaba en el error de imaginarme que era una institución tradicional de considerable antigüedad.

En realidad, tal como hoy se la entiende, la corrida de toros no se remonta más allá del siglo XVIII. Madrid fué la primera ciudad que edificó una plaza de toros. Esto era en 1749. Ahora hay más de doscientas, esparcidas por todo el país. Barcelona se jacta de tener dos Prácticamente, toda ciudad de alguna importancia tiene su plaza de toros; un circo vasto y al aire libre, capaz de acomodar de diez a doce mil espectadores. El modelo adoptado es el del circo romano, con la modifiacción de que éste era elíptico, y la reproducción española es circular. En los pueblos en que aún no han podido edificarlo, se cierra con barricadas la plaza del mercado local, y se la utiliza para tal fin.

Hace muchísimo tiempo que se verificaban festejos públicos en las provincias vascongadas, en los cuales los hombres lidiaban a los toros, y esto era corriente. Se realizaban actos de destreza y hasta de temeridad, sin infligir ningún daño o lesión a los animales que se corrían. Es posible que este deporte vasco, antiguo y típico, inspirase a los españoles la idea de introducir una fiesta parecida en el interior del país. Es más probable, sin embargo, que sobreviviesen reminiscencias de aquellas antiguas pugnas de gladiadores, que llevaron a España los romanos. Esas reminiscencias no es extraordinario que sobreviviesen en un país donde subsisten tales restos como los inmensos anfiteatros remanos de Tarragona e Itálica, cerca de Sevilla. También, al parecer, la sed impulsiva de presenciar derramamientos de sangre, es una herencia de aquellos días de crueles y sanguinarios combates entre hombres y bestias feroces.

El lidiar toros, tal como se practicó en la España medioeval, era un caballeresco ejercicio de armas. Participaba él de la naturaleza de las justas y torneos, y era una prerrogativa exclusiva de la nobleza, que lo consideraba como un medio de fomentar la

habilidad ecuestre y la destreza en el empleo de la lanza· Las reglas del deporte estaban de acuerdo con el espíritu caballeresco de los tiempos. El *caballero* entraba solo en la arena, a caballo y armado de lanza. Que no todas las probabilidades de salir con bien de la empresa estaban de su lado, lo prueba un antiguo documento, una crónica que nos dice que, en 1512, no menos de diez caballeros perdieron la vida en una corrida de toros. Ahora, lo que fué en su día un deporte valiente. aunque cruel, con el que transigian los caballeros comprometidos por cierto bárbaro código de caballería, ha degenerado en un espectáculo público que indigna y en el que sólo toman parten los profesionales.

Había yo estado un par de meses en España antes de ver una corrida de toros. No era porque faltase la oportunidad. Durante la semana que estuve en Barcelona, se verificaron dos. En todas las demás poblaciones que visité, exceptuando Cádiz, se celebraban regularmente todas las tardes de los domingos. Los días de santos especiales, eran honrados de igual modo. Como la mayor parte de los santos fueron también mártires, podria uno creer que debía bastarles el derramamiento de sangre en vida, sin requerir más después de la muerte. Ocurrió que participé mi intencion de ver una corrida de toros a un artista americano muy conocido, el cual exclamó:—«¿De modo que quiere usted presenciar una corrida de toros? Pues es una cosa horrible. Jamás me he puesto tan excitado en mi vida. Por nada del mundo volveria a ver otra. Si va usted, tenga calma y tome un cordial, pues lo necesitará.» Siento no haber escuchado este buen consejo. Hasta pasada la tarde no comprendí su siniestro significado.

La corrida de toros a que asistí tuvo lugar en Burgos, en la tarde del domingo 17 de Julio de 1921. Era una fiesta especial y se consideraba día de gala, pues era la inauguración de una brillante serie de fiestas en honor del séptimo centenario de la gran catedral de la ciudad, el edificio más venerable y más hermoso del estilo gótico en España. En consecuencia, la antigua capital castellana estaba atestada de representantes de todas las partes del reino. Se anunciaba para el.día 20 una segunda corrida aún más brillante, por ser el día preciso del aniversario de la inauguracíón de la catedral, y el Rey y la Reina iban a asistir a la plaza oficialmente.

Me aconsejaron que fuese temprano a la plaza de toros. Me habían procurado un asiento de antemano, y por él pagué siete pesetas y media. Así fué que llegué de los primeros. El gran circo redondo no tenía techumbre y tenía una gradería de asientos de piedra, desde cada uno de los cuales se podía ver peafec-

tamente. No había allí sombra más que en la cima, donde una techumbre de teja protegía los palcos. Allí estaba el palco regio, que se distinguía por colgaduras de damasco y oro. Aquella tarde el palco estaba ocupado por el Capitán General, el Comandante militar del distrito. Abajo, en el centro, estaba el redondel, cubierto de arena, y protegido por una barrera de madera oscura, donde había refugios en que podían entrar los lidiadores, sin que pudiera seguirles el toro. Tras la barrera hay un pasillo de unos cinco pies de ancho; luego un muro de piedra coronado por una empalizada pintada de rojo y amarillo, colores de la bandera española. En el pasillo me fijé que había unos cuantos asistentes que tenían capas de color escarlata y amplias camisas semejantes. Los asientos empezaron a llenarse. La Guardia Civil, que es como se llama una especie de gendarmería, estaba bien representada. La forman buenas figuras, con sus uniformes grises ajustados, cinturones y bandoleras de amarillo brillante, y lustrosos tricornios negros. Su armamento lo forman fusiles y revólvers. Había unos chicos que se ocupaban en vender a gritos almohadillas con forro de papel para sentarse los espectadores, que en su mayoría encontraban demasiado duros los asientos de piedra. Aparecieron grupos de señoras en los palcos, y su presencia dió un toque brillante y exótico a la escena. Llevaban altas peinetas y flores de colores brillantes en el pelo, bajo la característica mantilla blanca de encaje, invariablemente asociada a la belleza española. Realmente, con largos y relumbrones pendientes y con sus abanicos, eran exactamente iguales a las señoras españolas que se ven pintadas en los abanicos españoles y en las cajas de cigarros. En el frente de cada palco colgaban ellas sus grandes mantones de Manila, grandes como colchas, de seda brillantemente matizada de amarillo, escarlata, azul fuerte, púrpura o esmeralda, bordados con todos los colores del arco iris, y con flecos de pie y medio de largo. El resultado era que la galería presentaba una apariencia fantástica y kaleidoscópica, y daba así cierta ilusión de falta de realidad a lo que iba a ocurrir.

Todos iban con trajes de fiesta, y reían y hablaban lo más alto que podían, levantándose sobre los asientos sin miramiento alguno a los que estaban detrás. En la arena empezarou a aparecer varios personajes ataviados teatralmente. Entró un hombre que llevaba un pantalón oscuro y una camisa de color morado. Su misión en esta vida parecía estar confinada a hacer estallar una tralla. Otros llevaban camisas blancas y fajas rojas. Más vistosos aún estaban los toreros con calzóu corto de espléndido color, medias de color de rosa y zapato bajo negro. Llevaban cha-

quetillas cortas ajustadas, con cuellos planchados, y todo el traje ricamente bordado en oro o en plata. Se tocaban con un gorrete o montera de tejido negro; y les cubría el hombro izquierdo una gran capa que llevaban cruzada por el cuerpo. A pesar de estas brillantes apariciones, el público empezaba a impacientarse. Finalmente, la banda militar empezó a tocar. El Capitán General había entrado en su palco.

Empezó el espectáculo con la entrada de dos ginetes vestidos de negro, montados en caballos. Su traje era completamente negro, a excepción de un copete de plumas rojas y blancas que llevaban sobre sus sombreros, también negros. Se quitaron los sombreros frente al palco real, y se marcharon enseguida al galope. Volvieron a entrar seguidos por una fantástica procesión de toreros: matadores y banderilleros a pie, picadores a caballo, que dieron la vuelta al ruedo. Los picadores llevaban calzones de gamuza amarilla, vistosas fajas, boleros con bordado de oro y sombreros redondos. Sus sillas eran de la gran variedad mejicana, con altos borrenes delantero y trasero, con estribos grandes para meter el pie.

Al fin había llegado el dramático instante. Se abrió un mozo de la barrera, y el toro apareció en la arena. Era un ejemplar magnífico y en perfecta forma, negro, de piel lustrosa, de piernas cortas y con un cuerpo largo y poderoso. En una exposición agrícola hubiese excitado la admiración universal. Un penacho de cintas rojas y blancas flotaba sobre su morrillo. Había salido de la oscuridad y estaba deslumbrado. Vaciló por un momento, y luego miró a lo alto y vió los miles de ojos fijos sobre él. Posible es que leyera en ellos el deseo de sangre y le embargase el presentimiento del destino inminente. Asustado, se volvió y trató de retirarse. Demasiado tarde. La barrera se había cerrado. Entonces los banderilleros avanzaron en semicírculo, extendiendo sus grandes capas de colores frente a ellos, (amarillo, rojo, anaranjado, esmeralda, púrpura y azul). El toro estaba ofuscado y no sabía en qué dirección atacar. Los hombres, protegidos por sus capas, ofrecían un blanco falaz y engañador. Después que esto se verificó durante algún tiempo, el toro se revolvió, se precipitó sobre un caballo, los ijares y lo destripó—visión repugnante que hizo estallar entusiastas aplausos.—Embistió entonces por segunda vez, y produjo al caballo una profunda brecha en el vientre. Luego el toro empezó a mostrar signos de fatiga. Un torero vistosamente ataviado, armado con un arpón o banderilla en cada mano, de unos dos pies de largo, avanzó ágilmente y clavó al toro los rehiletes, allí donde tenía flotando el manojo de cintas. El

toro se encogió con el dolor y trató de sacudirse los dardos, pero éstos tenían rebarbas y resistieron. Luego trató de escapar del redondel y de sus atormentadores; pero los hombres de las capas le cercaron de nuevo, extendiendo sus grandes percalinas de colorines. Se le pusieron tres pares más de rehiletes en su morrillo malamente herido. Esta lúgubre burla había durado media hora, (la media hora más larga de mi vida), hasta que llegó el momento en que el Capitán General dió la señal de cambiar la suerte, en cuyo momento ya habían desaparecido los caballos heridos. Entonces empezó a llover. Todos buscaron donde guarecerse. Durante un instante el toro quedó solo. Sus lomos se parecían a un acerico, tan lleno estaba de banderillas clavadas. La sangre corría de sus heridas, aunque le faltaba mucho para morir. Todavía era capaz de más sufrimiento. La mirada de temor y de agonía que se veía en los ojos de aquel animal martirizado, es un recuerdo que no podré olvidar pronto. Para él no había salvación.

No ocurría lo mismo para mí. Me abrí paso hasta la salida. En el momento de salir, un empleado me ofreció una contraseña para volver a entrar. Todavía quedaban cinco toros más que tenían que ser muertos. Es posible fuera un bien que no entendiera mi contestación.—H. A. Newell.

Los toros y otras crueldades

En el número de *The Theosophist* de Junio de 1922, ha aparecido la siguiente nota sobre el artículo anterior:

Bueno es que los teósofos se preocupen de la crueldad que se desarrolla en los deportes de diversos países, y en tal concepto me satisface que haya aparecido el artículo sobre las corridas de toros. Pero siento que el escritor se haya quedado corto al ocuparse de la crueldad con los animales. Lo siento porque debemos percatarnos con pena de que hay muchas personas a nuestro alrededor que aparentemente no se preocupan de la crueldad que se emplea con los animales. De otro modo, ¿cómo consentiríamos aún lo que ocurre en los jardines zoológicos, con los animales amaestrados, con la vivisección y con los matadores?

Si el autor del artículo hubiese podido permanecer en la corrida de toros, pudiera ser que hubiese visto la repetición de lo que ocurrió últimamente en España, (hace un año poco más o menos), en que leí que uno de los toreros, corneado y llevado en alto por el toro excitado y furioso, murió en la arena juntamente con el toro. Este episodio impresionó entonces mucho al público, porque se «percató» y se dió cuenta de los sufrimientos del lidiador.

En cierto modo yo quisiera que el arifcūlo fuese aún más realista y, por lo tanto, más horrible, aunque me pregunto si esto sería de utilidad. Lo terrible no cambia los corazones de las gentes hasta hacerles sentir el amor y la responsabilidad que les alcanza en el sufrimiento ajeno. ¿Qué es lo que puede producir ese cambio? Sólo el conocimiento del sufrimiento experimentado por nosotros mismos; tras del cual viene el imaginarnos los sufrimientos de todo lo que tiene vida.

Nosotros condenamos con facilidad a España por esa forma de crueldad; pero miremos a nuestro alrededor antes de hacerlo, y veamos si la caza del ciervo y el uso de las pieles no están al mismo nivel, puesto que producen sufrimientos para diversión o vanidad nuestra. En ningún sentido es útil condenar. Debemos trabajar intensamente para elevar de nivel la opinión pública; y cuando se despierte, esos horrores cesarán, no antes. Se trata en gran parte de una falta de comprensión. El deporte de una época se considera crueldad en la siguiente. Hasta la misma justicia de un período histórico, se considerará crueldad en el siguiente, y ahí tenemos el caso por ejemplo de los que, por razones de conciencia, repudiaban la guerra.

«Hijo mío, busca la Sabiduría: y en cuanto consigas, busca la Comprensión». Este consejo es bueno hoy: y si queremos que los demás se den cuenta de la crueldad, esta cesará. La crueldad es una falta de imaginación, y por lo tanto no es premeditada en general. Puede proceder de tal falta de imaginación y de comprensión, que el autor sea un loco o un criminal. Todos los crímenes no se cometen por igual razón y por la misma causa. Dentro de algunos siglos, quizá se hable de las crueldades que consentimos ahora; y debemos tener cuidado de lo que condenamos, porque aquí marchamos sobre una capa de hielo muy frío. Es posible que llegue un día en que tengamos conciencias de que las flechas muy refinadas, pero crueles, disparadas por las palebras engañosas o lanzadas sin reflexión, hacen más daño y son más crueles que las bárbaras banderillas de punta barbada, clavadas en el morrillo del toro. El toro no puede librarse de ellas y, la mayor parte de las veces, tampoco puede hacerlo el que es atacado con palabras. Cuanto más refinada y disimulada es la crueldad, tanto mayor en el sufrimiento. Cuando no puede uno imaginarse el sufrimiento, es preciso buscarlo, (se le encuentra fácilmente); luego puede uno trabajar en la opinion pública, pero principalmente en uno mismo.

Woyfarer.

(Traducido por J. G. R.)

Sección de Noticias

Socorros a Rusia

(Traducción de la carta de la Sra. Anna Kamensky.)

7 Julio, 1922.—11, Ch. Dumas.—Champel. Ginebra.

Muy querida hermana: Gracias mil en nombre de nuestros hermanos rusos, por vuestra nueva remesa de 163'10 francos.

Como las precedentes, la he mandado a Londres, pues ya sabrá que ahora ha organizado la Orden de Servicio la remesa regular de los envíos Hoover, para nuestros hermanos. Por consiguiente, podeis, de hoy en adelante, si recibiéseis más socorros, mandarlos directamente al Sr. A. Burgess (5, Upper Woburn Pl., WC. I., Londres).

Ya han sido socorridos así unos 200 hermanos, y quedan por socorrer 150, pues tenemos 330 direcciones fijas. No sé deciros hasta qué pnnto me conmueve vuestra ayuda fraternal y simpatía. ¡Que el Maestro bendiga a la Sección Española y haga que prospere, querida hermana! Salude cordial y fraternalmente al señor Treviño y a todos los demás hermanos.

Vuestra hermana rusa,

ANNA KAMENSKY.

Queridos hermanos y amigos:

Es para mí un honor trasmitiros las sinceras expresiones de agradecimiento que por conducto de nuestra hermana la señora Kamensky, os mandan nuestros hermanos de Rusia. A estos sentimientos que nacen del alma, he de unir el mío, muy modesto, por la merced que me otorgásteis al acudir al llamamiento que hice en favor de los miembros de la O. E. O. y de la S. T. que sufren en Rusia.

Esta carta, y la noticia que sobre Socorros a Rusia habréis leído en el último número del Boletín Oficial de la S. T. E. da por terminadas mis gestiones (y las de la hermana señora Guyard) que a esta actividad se refieran. El asunto queda en tan buenas manos como las nuestras, y en lo sucesivo está encargada de recoger los socorroa la señorita Esther Nicolau, de Barcelona.

Siempre vuestro afmo. hermano y servidor,

MANUEL TREVIÑO.

Madrid 13 Julio 1922.

Sr. Director de ZANONI.

* * *

Gracias a las gestiones realizadas por el culto y entusiasta teósofo don Samón Martínez Rodríguez, auxiliado por don Florentine Pérez y otros valiosos elementos de Bogotá, se ha conseguido la fundación en Colombia de una importante Rama Teosófica, que da muestra de sus grandes bríos y pujanza, publicando una hermosa revista, órgano propio de dicha Rama.

Tras de la Logia «Arco Iris» se ha constituído en Agua de Dios la Logia «Giordano Bruno», y por toda la república colombiana flamea la antorcha de la Teosofía.

Al ingresar Colombia en el consorcio de las naciones amantes de la sabiduría, felicitamos calurosamente a los iniciadores del movimiento y muy especialmente a don Ramón Martínez, cuyo Karma le ha permitido tan hermosa actuación.

* * *

Hemos recibido al cange las nuevas revistas siguientes:

«Revista Teosófica Chilena», de Valparaiso (Chile); «Unión Cultural Setabense», de Játiva (España); «The Theosophist in India», de Benarés (India); «Boletín Trimestral de la S. T. E.», de Barcelona (España); «The Enoterit», de Washington (E. U. A.), y «Hermes», de Bogotá (Colombia).

Saludamos a todos ellas fraternalmente.



La Sección Cubana, que preside don Rafael Albear, el entusiasta e incansable propagandista, acaba de celebrar la 18.ª Convención anual. En ella se ha dado cuenta de las altas y bajas ocurridas durante el año. Han sido disueltas las Logias «Sol», de Trinidad; «Sararvati», de Santiago, e «Isis», de la Habana. Por el contrario, se han fundado las Logias «Voz del Silencio», en Ponce (Puerto Rico); «Alcione», en Aguadilla; «Fraternidad», en Moca; «Lux ex tenebris», en Moca; «Arco Iris», en Bogotá (Colombia); «Giordano Bruno», en Agua de Dios (Colombia), y «Darlú», en Nicaragua.

La Sección Cubana consta, pues, en la actualidad de 33 logias.



La Fraternidad Internacional de Educación ha constituído las «Ligas de Bondad», cuya finalidad consiste en acostumbrar a los niños desde una edad temprana a obrar rectamente y amar el bien. Al ingresar los niños en esta liga se comprometen moralmente a esforzarse:

1.º En hacer cada día una buena acción.

2.ª En ser bueno con los animales.
3.° En no decir mentiras.
4.° En proteger a los débiles y ayudar a los desgraciados.
5.° En ser agradecido con sus padres y con quienes hacen bien por él.
6.ª En testimoniar su gratitud hacia los defensores de la Patria.
7.° En respetar a los ancianos e impedidos.

Conocida la belleza moral de esta institución no es de extrañar obtenga una brillante acogida. Para toda clase de detalles dirigirse en España a doña Amelia M. de Garrido, Isabel II, 14, Mahón (Baleares) y en Sevilla a don Manuel Gómez, Grupo de casas «La Ibérica».



Copiamos del Boletín Trimestral: «En la misma sala en que el R. P. dominico Mainage había atacado a la Teosofía y a la S, T. en la «Sociedad Geográfica de Francia», en París, el Sr. Chevrier, M. S. T., ha dado una notable conferencia en defensa de nuestros ideales, la cual atrajo un gran auditorio. Numerosos aplausos acogieron el elocuente discurss del conferenciante y ante el éxito alcanzado por esta conferencia, se dará una seguida en la misma sala, en la cual el señor Tozza hablará sobre «El problema social ante la Teosofía».



SATYAT NASTI PARHO DHARMA

(No hay religión más elevada que la verdad).